

LAS MUJERES DE
LOS MIL NOMBRES

EMILIO ORTIZ

LAS MUJERES DE
LOS MIL NOMBRES



El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

© Emilio Ortiz, 2023

© De esta edición: Bunker Books, 2023

Diseño de cubierta: © Monagus Design

Bunker Books S.L.
Cardenal Cisneros, 39, 2º - 15007 A Coruña
www.bunkerbooks.es

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-127254-0-7
Depósito legal: CO 1350-2023

Impreso en Ulzama Digital

Nunca es triste la verdad, lo que no tiene es remedio.

ANTONIO MACHADO

Paremos la ciudad sacando un pecho fuera
al puro estilo Delacroix.

RIGOBERTA BANDINI

Toda opresión genera un estado de guerra.
Y esta no es una excepción.

SIMONE DE BEAUVOIR

A todas ellas.

In memoriam:
A las que ya no están.

I

A Rosa Parks le gustan las mañanas, las mañanas siempre le traen cosas nuevas.

La asignatura ya puede ser la más interesante del mundo si se estudia o se ejerce con pasión, pero tan solo escuchar su nombre, «Fuentes Escritas y Numismáticas», por una alumna de veintiún años, de células intactas, de corazón desbocado y con una mente indómita, como mínimo le provocará un sopor espeso, difícilmente controlable.

Rosa Parks tiene la mirada clavada en la diapositiva que se reproduce en el proyector, sus ojos la perforan como un cigarro que quema un lienzo y lo traspasa. La imaginación viaja más allá de las dos monedas representadas en la pantalla. El profesor según fija una diapositiva, pasea arriba y abajo por el pasillo que forman las mesas del aula al tiempo que explica su contenido y su significado. Por lo general se expresa de forma monótona, pero habla con gran pasión cuando toca un punto de la materia que le fascina. En estas ocasiones, se detiene, dobla ligeramente las rodillas como si fuese a dar un salto, y alza su voz lánguida por encima del tono habitual.

—Habida cuenta de que la numismática moderna vista como disciplina enfocada a la investigación por mucho que esta hunda sus raíces en los albores de esta ciencia...

Cuanto más entusiasmo pone el profesor, Rosa Parks más se distancia de su voz. La oye lejana, solapada por un zumbido que se asemeja a una pérdida parcial de la conciencia. Las palabras son viscosas, amorfas, retumban en sus oídos deformándose hasta perder su significado.

Sigue con la mirada clavada en la pantalla, probablemente el profesor haya cambiado la diapositiva varias veces, pero Rosa Parks no ha movido los ojos ni un milímetro de donde los tenía.

Muerde la parte superior de un bolígrafo; no es la primera vez que lo hace, está astillado, mastica con las muelas las tiras de plástico roto. Algún trozo pequeño se desprende y se lo saca con disimulo de la boca, siente su sabor amargo, solamente en ese instante regresa a la realidad.

Vibra la tablet que tiene encima de la mesa. Es un correo de la «Asamblea de Mujeres». Lo abre, pero no lo lee, se siente observada. Enseguida localiza el foco calorífico que irradia la mirada que se ha posado en ella. Dos filas a la derecha de su mesa un chico de veintipocos años la está observando. A Rosa Parks no le gusta que la miren, mucho menos que la observen. Fija la mirada en los ojos claros del muchacho, él sonríe, no puede evitar responderle con un gesto de desprecio. El chico, pese a ello, continúa mirando a una Rosa Parks que le ignora, que prefiere regresar de nuevo a la visión anodina de la pantalla.

En uno de los giros que hace el profesor para darse la vuelta en el pasillo se le sale un pico de la camisa por el pantalón. Es enjuto, lleva pantalones de su talla, una camisa y una chaqueta también acordes a su constitución, pero su delgadez extrema le juega a veces malas pasadas. Rosa Parks sonríe. La escena le parece cómica, patética, el resto de

alumnos no se da cuenta, siguen mirando las diapositivas y tomando apuntes.

Rosa Parks en la cafetería toma un café con leche, abre la funda de la tablet y lee el correo. «Recordatorio Asamblea de Mujeres». Sonríe, con una mano sujeta la tablet y con la otra se pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja. Bloquea la pantalla, la guarda en la mochila, da un sorbo al café, alguien se pone a su lado en la barra, y ella mira al lado contrario.

—Hola, te he visto hoy en clase de...

—De Fuentes Escritas y Numismáticas —interrumpe Rosa Parks girando de súbito la cabeza hacia el chico que la observaba en clase.

El mechón de pelo se le suelta, se libera de la oreja, le tapa media cara, lo cual, sumado al giro brusco que ha dado y a una mirada de reproche que Rosa Parks le dedica, le otorga cierto aspecto felino.

—Me parece extraño no haberte visto antes. O al menos no haberme fijado en ti.

Rosa Parks sonríe pero su gesto vaticina más una respuesta sarcástica que la aceptación de un halago de perfil bajo. Traga saliva antes de hablar, saborea la victoria.

—No, a mí no me extraña que no me vieras en esa clase, es la primera vez que voy. Tiene cierta lógica, ¿verdad?

Rosa Parks se siente triunfante, da otro sorbo al café con leche y gira levemente su taburete hacia el otro lado.

—Ah, claro.

Una camarera le pregunta al chico qué es lo que va a tomar. Se convierte en su ángel de la guarda, dispone ahora de un tiempo muerto con el que no contaba.

—Una Coca-Cola, por favor.

Rubio, ojos claros, polo de marca, cuerpo fibroso, flequillo cayéndole por un lateral de la frente, y ahora lo que faltaba, beber Coca-Cola a las once de la mañana. El listado de estereotipos que Rosa Parks ha recopilado de forma inconsciente ahora se cierra y se archiva en su mente.

—Claro, normal que no te haya visto —dice con una risa simpática y agradable convirtiendo en una anécdota la victoria de Rosa Parks.

—Sí —afirma resignada sin levantar la vista de su taza vacía.

—Si tienes problemas con esa asignatura, yo me ofrezco para ayudarte. Suena un tanto triste, pero se me da bien.

Utiliza un tono sincero, cándido. Rosa Parks se siente algo confusa, el listado de estereotipos pergeñado previamente se difumina como un holograma que se desintegra ante sus ojos sin llegar a desaparecer del todo. Toma aire, decide contraatacar, esta vez sin tregua ni cuartel.

—Tengo una media de nueve con cinco en el conjunto de las asignaturas, no suelo faltar a clase, pero a veces lo tengo que hacer, pues dedico tiempo y energías a otras cosas que no son la carrera. Agradezco tu ofrecimiento, pero hasta la fecha, como comprenderás, dudo que me haga falta.

—Vaya, una chica lista y además laboriosa.

A Rosa Parks el comentario le rechina, su cerebro se convierte en un saco de gravilla. Mira de nuevo hacia el lado contrario, se retira otra vez el mechón de pelo detrás de la oreja.

—Pues te admiro mucho por ello. Yo quisiera sacar las fuerzas suficientes como para poder hacer cosas al margen de estudiar, pero soy incapaz.

Las dos últimas palabras las dice bajando el tono apesadumbrado, no se siente a gusto consigo mismo.

Rosa Parks se gira y lo observa, está con la mirada perdida, delante de él está la cafetera, pero si esta se desprendiese y cayera al suelo, no se daría cuenta de ello, un camarero hace un café y retira la mirada de forma inmediata.

Ella abre la mochila, saca su teléfono móvil, también un monedero. Él le tiende la mano solicitándole algo, y como Rosa Parks no reacciona finalmente le pregunta:

—¿Te importaría dejármelo, me hago una perdida y así intercambiamos los números?

Rosa Parks está nerviosa, ha bajado la guardia, él le coge delicadamente el teléfono y realiza una llamada al suyo. Se marcha tras dejar unas monedas sobre la barra, ella se gira para seguirle con la mirada. Cuatro chicos que hay sentados en una mesa se hacen señas, se dan codazos y se ríen cuando este pasa por su lado.

Rosa Parks se queda pensativa, siente rabia.

«¡Joder! Con lo sencillo que es decir *no*, y si insiste, pues una y mil veces *no*. Soy idiota, para qué coño dejo que me toque el puto teléfono. Después de tanto, voy y caigo en un truco bajo y barato de niñato de discoteca. Bueno, si eso lo bloqueo y punto».

Mira el número de la última llamada saliente y se ríe, ni siquiera le ha dicho su nombre. 678... (más información, añadir contacto, editar, añadir nombre): «Guaperas pelma cafetería».

II

Hay un BMW de color blanco con asientos de cuero negro aparcado en un barrio de las afueras de la ciudad. Un hombre de cincuenta años móvil en mano busca en una página de contactos.

Escribe «niña» en el cuadro de edición, selecciona dieciocho en edad mínima, diecinueve en edad máxima. Se excita incluso antes de pulsar el botón de buscar. El corazón se le acelera al hacer una vista global de los resultados. Suda, jadea, siente un hormigueo que le recorre la espalda, la nuca, el cuero cabelludo... Alza la mirada, no pasa nadie por la calle.

«Marta, 18 añitos, braguitas húmedas, ¿las quieres oler?».

Nota una presión en el pantalón, posa allí su mano, al sentir que su miembro comienza a bombear la retina. Toma aire y mira por el parabrisas, una señora pasa tirando de un carro de la compra mientras el marido la sigue con dos bolsas de plástico, una en cada mano.

Marca un número de teléfono.

—¿María?

—Marta, cariño.

—Eso, Marta. Te llamo por lo del anuncio. Ya sabes, la página esa.

—Cincuenta media hora, cien una hora, entran todos los

servicios menos griego —dice la chica, como quien explica algo mil veces al día.

El hombre se queda en silencio.

—¿Oye?

—Sí, estoy aquí. ¿Pero tienes dieciocho años de verdad?

—Claro, ¿has visto las fotos?

—Sí, sí las he visto, estás muy bien, aunque no enseñas la cara. Lo entiendo, claro, es tu privacidad y todo eso. Lo digo solamente porque por la voz pareces tener algún año más.

La chica suspira al otro lado del teléfono.

—Mira, guapo, si quieres venir vienes, como comprenderás no te voy a enseñar mi pasaporte para que compruebes la edad.

—¿Me podrías dejar la hora en ochenta?

La chica cuelga, el hombre se sonroja.

—Putita, quién coño se habrá creído que es —masculla entre dientes.

Prueba con otro anuncio.

«Vanesa, ven a mi apartamentito discreto. Te espero sola, corazón. Mira este culito, será todo tuyo. Doy besos de novia».

—Hola, mi amor.

—Hola, llamo por lo del anuncio de la página de internet.

—Mira, cariño, cobro ciento cincuenta una horita. Tranquilos, relajados, sin prisas.

La joven no termina de hablar, el hombre cuelga.

—¡Joder! Ciento cincuenta.

Tira el móvil al asiento del copiloto, con la mano derecha busca la llave del contacto, la toca, no la gira, se queda parado unos segundos. Vuelve a coger el móvil.

Escribe en el buscador «madurita» y selecciona cuarenta y cinco años en edad mínima, cincuenta y cinco en edad máxima.

«Sol, cincuenta y cuatro años. Madurita complaciente, ojos verdes, pechos firmes y naturales, rellenita, no hago griego, pero dejaré que te corras en mi boca».

El hombre nota de nuevo el bombeo bajo el pantalón. Llama.

—Hola, oye, mira, quisiera saber cuánto cobras por una hora.

—Ah, imagino que llamas por el anuncio.

—Sí, eso es. ¿Eres la... la chica de cincuenta y cuatro años, verdad?

—Claro, cielo, pues mira, cobro cincuenta euritos la hora.

El hombre arranca el vehículo; la camisa, empapada en sudor, se le pega al respaldo del asiento. Frena bruscamente antes de doblar una esquina y acelera de nuevo afrontando la perpendicular a toda velocidad.

Jazmín mira a través del videoportero.

—¡Mami, es un cincuentón repeinado, con camisa blanca! —le grita a su compañera de piso—. Yo no espero a nadie.

—Abre, será el que me ha llamado antes —contesta Sol.

—Este viene de un pueblo que tú ya sabes —se ríe Jazmín mientras pulsa el botón—. Ya los conozco por la pinta.

El señor del BMW cruza la entrada del piso, y Sol lo recibe.

—Por aquí, mi amor —le señala la habitación.

—¿Eres de aquí, verdad?

Sol lo mira fijamente con «unos ojos verdes de ciencia ficción», como la canción de Amaral. En eso no miente cuando edita los anuncios.

—Sí, de aquí, producto nacional. Si no te gusto tengo una amiguita que es de fuera. Y si te gustamos las dos te hacemos un precio especial. Y mira que esas cosas de los tríos solamente las hacemos con clientes de confianza.

—No, no, qué va. Así está bien —contesta el hombre mirando treinta centímetros por debajo de los ojos de Sol—. Esto ya se sabe, unos días te apetece una cosa y otros días otra. Lo de tu amiguita pinta bien, pero mejor lo dejamos para otra ocasión, reina.

Sol le mira de forma inexpresiva mientras el hombre se desnuda de modo rutinario como quien se va a someter a una prueba médica.

—Claro, claro, nene. Aquí se trata de que vosotros estéis a gusto y de que paséis un buen rato. ¿Me pagas primero, cielo? Ya sabes cómo funciona esto.

—Ah, sí, perdón. —A punto está de trastabillar con sus propios pantalones—. Ya mismo voy.

El hombre termina de quitarse unos pantalones de pinzas perfectamente planchados y saca una cartera en la que hay un pequeño fajo de billetes enganchados con una goma. Sol continúa mirándolo inexpresiva, como solo sabe mirar alguien que es imposible de sorprender.

—Toma, toma, ¿cincuenta una hora completa, no es así?

Como si hubiese varios tipos de horas, las completas y las incompletas, piensa Sol, pero se lo calla. El hombre pregunta con la actitud de quien sospecha que puede ser engañado.

—Sí, nene, sí. Una hora enterita. ¿Cómo te llamas, rey?

El hombre titubea, como si Sol fuese un agente secreto que le vaya a desvelar a su mujer lo que hace.

—Eh, ummm, Carlos, me llamo Carlos. ¿Y tú, guapetona?

—Sol, lo pone en el anuncio, se te habrá olvidado.

Es algo que le encanta hacer, está dentro de los márgenes que se permite a sí misma. Lo dice con la intención de demostrarles que no es tan ingenua como para creerse que ha sido

su anuncio el primero que ha visitado. Como si fuese a sentir celos o envidia, en un mundo así. Esta es una de las pocas licencias de autodefensa que se concede.

—Ah, claro, sí, es que con los nombres soy un desastre. Mira, me pasa hasta con la gente que conozco de toda la vida, fíjate tú por dónde. A uno de mi pueblo que se llama Luis, siempre le estoy diciendo Antonio.

Sol sonrío satisfecha.

—Entiendo —contesta con incredulidad mal disimulada.

El hombre se tiende pesadamente sobre un lateral de la cama, al otro lado está Sol. Lleva puesto una bata fina de raso y unas braguitas a juego con el sujetador. Todo forma parte de su última adquisición en una página de internet.

Él acerca la mano derecha al pecho de Sol, ella responde girándose hacia él. El hombre mira, sopesando lo que tiene ante sí. Una mujer con curvas bien definidas, redondeces perfectas y menos de cincuenta gramos de ropa.

Con la inestimable ayuda de ella le quita la bata, tan solo un fino conjunto de lencería negro le separa de la desnudez integral.

El hombre se abalanza sobre ella, toca, huele, lame, muerde.

Introduce ambas manos por debajo de la espalda de Sol, busca el broche del sujetador. Ella sonrío con aire de superioridad, segunda licencia. Se empeña con tanta torpeza como voluntad en buscar un enganche que no existe. Sol niega con la cabeza, suelta uno de los dos broches que cierran el sostén en la parte delantera. Lo hace como quien convence a un niño emperrado en hacer algo que no sabe ni entiende. Al desabrocharse ella uno de estos cierres el hombre parece entender y le quita ufano el otro como si hubiese descubierto la contraseña de una caja fuerte.

Dos pechos carnosos caen a ambos lados. Él los amasa con todo el cuidado del que es capaz. Pronto necesita aumentar su estímulo con las palmas de las manos, las yemas de los dedos no le aportan lo suficiente. Hunde la cara entre los pechos al tiempo que los sujeta con ambas manos. Olisqueando como un sabueso baja hasta el vientre, introduce los dedos de ambas manos en las braguitas, y ella le ayuda a sacárselas.